

«El drama es que Europa se polariza entre dos proyectos: el neoliberal de las élites y el de la extrema derecha»

Este historiador italiano es actualmente catedrático de Humanidades en la Cornell University de Nueva York. Autor de una amplia bibliografía —en la que destacan *El totalitarismo: historia de un debate* y *La historia como campo de batalla: interpretar las violencias del siglo XX*—, es uno de los investigadores más reconocidos del Holocausto y los totalitarismos, en especial de los debates ideológicos que los han generado.

Joan Canela

La primera pregunta es obvia: ¿vuelve Europa a los años treinta?

No.

¡Uf! Me quedo más tranquilo.

Sí, pero cuidado, porque es un «no, pero», porque es obvio que hace veinte o cuarenta años la Institució Alfons el Magnànim no hubiera organizado un debate sobre esta pregunta, ni siquiera se le habría ocurrido, y en todo caso, si lo hubiera hecho, habría resultado muy extraño. Si hoy se plantea esta cuestión es porque la preocupación existe, ya que hay analogías evidentes.



FOTO: Joan Canela

¿Cuáles serían esas analogías?

Crisis económica, crecimiento de la derecha radical, profundo malestar social... Son elementos que estimulan la memoria histórica y nos hacen pensar en los años treinta.

Sin embargo, también hay que tener en cuenta que existen profundas diferencias. Entonces Europa era el centro del mundo global y concentraba todas las tensiones y tendencias antagónicas. Hoy es más bien una periferia. Los centros mundiales se encuentran fuera de Europa y la prueba es que las crisis que hay no tienen un efecto inmediato en el resto del planeta. Y los niveles de violencia tampoco son equiparables.

En este juego de analogías, ¿la islamofobia tendría el papel que entonces tuvo el antisemitismo?

Sí, la comparación es del todo acertada, pero de nuevo debemos introducir matices. La memoria del Holocausto hace que hoy en día el antisemitismo sea completamente inaceptable, por lo que hay que buscar otros chivos expiatorios. Pero, al mismo tiempo, esta memoria complica su comparación. Por un lado, porque es evidente que no se está preparando un exterminio de musulmanes similar al que se perpetró con los judíos. Y por el otro, porque esta mirada retrospectiva es muy problemática, en cierta medida tramposa, porque ahora sabemos cuál es el final, que es la Shoah, pero en los años treinta nadie sabía cómo acabaría el asunto.

Quizá por eso podríamos intentar ser más precisos y señalar que la islamofobia de hoy presenta muchas similitudes con el antisemitismo, pero más que con el de la década de los treinta, con el del periodo que va desde el último cuarto del siglo XIX hasta los años veinte del siglo XX.

A los musulmanes se los considera los causantes de la crisis, la inmigración, el paro, el terrorismo... Una amenaza identitaria a nuestras raíces culturales en un proceso de invasión y sumisión. La extrema derecha siempre es oportunista en la búsqueda de un chivo expiatorio. En el pasado, hasta mediados del siglo xx, este chivo por excelencia fueron los judíos.

Uno de los combustibles de la islamofobia es el miedo a los atentados, una realidad ineludible en la Europa actual, mientras que el recuerdo que ha perdurado del pueblo judío es el de un pueblo pacífico y desarmado. ¿Esto es así, o también hubo algún factor similar que alimentara el antisemitismo de hace un siglo?

La creación de la imagen del terrorista islámico recuerda mucho a la construcción de la amenaza bolchevique en los años veinte y treinta, que, recordemos, se vincula muy estrechamente al antisemitismo, hasta el punto de que se presentó el comunismo como un invento judaico. Estas dos realidades se vendieron como si fueran una sola.

En la década de 1930, una parte de las élites económicas se alía con el fascismo precisamente por el miedo a esta revolución socialista. Hoy en día, sin embargo, este miedo no existe.

Esta es una de las grandes diferencias entre el fascismo clásico y el actual. En el siglo xx, el fascismo aparece como una metamorfosis del nacionalismo más radical y violento por la aparición del nuevo enemigo que representa la revolución soviética. Hoy ya no existe la URSS, pero su papel ha sido sustituido por el terrorismo islámico

Pero la amenaza es del todo diferente. El peligro de una revolución socialista en Europa, si bien complejo, era evidente. En cambio, es totalmente irreal plantear una invasión islámica.

Sí, claro. Pero una cosa es la amenaza real y otra la percepción que se tiene. El islam se percibe como una amenaza a la civilización occidental del mismo modo que el comunismo lo fue en el pasado.

¿Y quizá por eso ahora mismo no existe la misma alianza entre las élites y la extrema derecha?

¡Exactamente! Es una reflexión esencial. En la década de 1930, el fascismo era una opción para las élites, y ante el peligro de la revolución socialista, los sectores conservadores lo aceptaron. En Italia, en 1922; en Alemania, en 1933, y en España, en 1936.

Hoy en día las élites tienen otro proyecto político totalmente diferente, que es el de la Unión Europea y el neoliberalismo y el neoliberalismo — diametralmente opuesto al proyecto de la extrema derecha—, que a su vez crece precisamente como oposición al mundo global, la pérdida de soberanía, el multiculturalismo y el cosmopolitismo. El drama europeo es justamente que estos nuevos fascismos están liderando la oposición al orden neoliberal. En cierta medida, podríamos decir que Europa se polariza entre dos proyectos: el neoliberal de las élites y el de la extrema derecha.

Ahora, como bien se ha visto en Estados Unidos, las élites tienen una gran capacidad de adaptación y se acomodan rápidamente a las nuevas situaciones. La derrota de la candidata de Wall Street, que evidentemente era Hillary Clinton, no ha supuesto ningún drama y no ha habido ningún choque importante entre las élites estadounidenses y Donald Trump. Lo mismo hubiera ocurrido probablemente en Francia, donde en los últimos tramos de la campaña electoral, Marine Le Pen empezó a matizar sus promesas de salir del euro y otras por el estilo.

En esta nueva ola de fascismos europeos encontramos formaciones lideradas por mujeres o por gais, renuncias al racismo explícito —que se cambiaría por un «cada cual a su casa»—, o la renuncia a la violencia o la dictadura. ¿Hasta qué punto se puede continuar llamando fascismo al nuevo fascismo?

La definición de estos movimientos como fascistas me parece muy problemática por muchos motivos. Quizá el fundamental sea que el fascismo —aunque apelara a un pasado mítico— era un movimiento que miraba hacia el futuro, que en cierta medida también era utópico: quería hacer una revolución y una sociedad nueva. Hoy hablamos de movimientos que miran a un pretendido pasado ideal que quieren recuperar. Son pura reacción y prácticamente siempre se definen a la contra.

Pienso que una definición más acertada sería hablar de ellos como el ala derecha de la ilustración. Una ilustración que tiene ideas muy claras, que es neocolonial, que excluye a los inmigrantes y a los musulmanes. Se trata de una dimensión perversa, ya que contraponen un «nosotros» ilustrado a un «otro» salvaje. Utiliza una defensa de los derechos —de las mujeres, de las minorías...— para fundamentar la islamofobia. Y eso es completamente perverso.

Explicado así, parece más emparentado con el viejo supremacismo colonial que con el fascismo. Al fin y al cabo, también Churchill era extremadamente racista y defendió el exterminio de pueblos enteros para mantener la hegemonía imperial británica, por mucho que también fuera un héroe antifascista.

Esa es la continuidad. La idea de que hay una relación entre islamofobia y antisemitismo implica una comparación que esquiva la cuestión aún más trascendente, que es que la islamofobia tiene una continuidad con la cultura colonialista.

El fascismo actual se alimenta de un conjunto de ideas heredadas del sistema colonial. El hecho de que el islam se presente en oposición a la ilustración supone una reescritura de la historia de la ilustración. En el siglo XIX, el colonialismo europeo se presentaba como un proyecto civilizador y esta idea subsiste en buena parte en nuestro subconsciente cultural y por eso es tan fácil que arraigue de nuevo.

La conclusión es que no volvemos a la década del 1930. No obstante, ¿era la gente consciente entonces de la que se les venía encima? ¿Podría estar gestándose un drama similar y que nosotros simplemente no seamos conscientes por no estar leyendo correctamente los avisos?

Decir hoy que Europa no vuelve a los años treinta es una manera de tranquilizarnos. Es obvio que hablar hoy de una guerra entre Alemania y Francia es ridículo. También parece imposible una guerra entre Rusia y la Unión Europea... Pero ¿quién hubiera podido predecir en 1980 una guerra como la de Yugoslavia? ¿O una guerra civil en Ucrania hace tan solo unos años?

Hay ciertas situaciones —amenazas a la libertad de expresión, causa general contra el independentismo catalán, debilitación de la independencia judicial y de los medios...— que hacen pensar en un giro totalitario en España. ¿Son signos preocupantes, o simplemente hechos más o menos anecdóticos que se han tomado de manera exagerada?

Yo no diría que España vaya hacia un Estado totalitario. Ahora bien, eso no quiere decir que no me preocupen las medidas represivas. La crisis catalana, además, es muy complicada, no se vislumbra una salida. Con optimismo, pensé que esta crisis hubiera podido transformarse en una oportunidad para repensar la historia de España y acometer una reorganización territorial en clave federal que reconociera que el país es multicultural y plurinacional y que, por tanto, sus instituciones así deben reflejarlo. Pero eso no ha pasado.

¿Qué opciones quedan entonces?

Es complicado de prever. A medio plazo, este giro centralizador exagera en vez de ser una solución, y eso pasa porque las élites europeas no piensan en términos de construir un proyecto político eficaz, sino en términos de ganar las próximas elecciones.

